

San Alfonso María de Ligorio

**MEDITACIONES
SOBRE LAS
VERDADES ETERNAS
Y SOBRE LA PASIÓN DE
N. S. JESUCRISTO**

PARA CADA DÍA DE LA SEMANA

**EDITORIAL APOSTOLADO MARIANO
C/. Recaredo, 44 - 41003 Sevilla**

Buenos Aires, 10 de septiembre de 1940

PUEDE REIMPRIMIRSE:

† ANTONIO ROCCA
Ob. de Augusta y Vic. Gral.

ISBN: 84-7770-560-5
D.L.: Gr. 940-2001
Impreso en España
Printed in Spain

MÉTODO PARA MEDITAR

La oración mental, o meditación, es uno de los ejercicios más esenciales de la vida cristiana; pues consistiendo nuestro único fin en amar a Dios, esta oración es mística hoguera en que las almas se encienden en el amor divino, según lo atestigua el Salmista (Ps. XXXVI 4).

La experiencia enseña que las almas que se dedican a la oración mental difícilmente caen en culpas graves; y si por desgracia caen alguna vez en ellas, insistiendo en la meditación, luego se arrepienten y vuelven a Dios; porque meditación y pecado mortal no pueden permanecer juntos largo tiempo en un alma. Muchos rezan el Rosario, el Oficio de la Virgen, ayunan, etc., y no obstante continúan en el pecado; pero el que medita, es imposible que continúe por mucho tiempo enemigo de Dios.

El lugar más acomodado para la meditación es la Iglesia; pero los que no pueden acudir a ella pueden hacerla en cualquier otro sitio donde se encuentre más quietud, y hasta en el campo y en el trabajo; pues el que busca a Dios, en todo lugar le encuentra.

Respecto al tiempo, el más a propósito es el de la mañana; pero si por las ocupaciones no fuera posible hacerla entonces, se hará en otra cualquier hora del día: lo que importa es no dejar de hacerla a una u otra hora.

El modo de hacer bien la oración mental es el siguiente: Se divide ésta en tres partes, que son *I. Preparación. - II. Consideración. - III. Conclusión.*

I. La *Preparación* contiene tres actos, que son: de fe en la presencia de Dios; de humildad en vista de la propia bajeza; de petición de la divina asistencia: hélos aquí: 1.^º *Dios mío, creo que estáis aquí presente, y os adoro desde el abismo de mi nada.* - 2.^º *Dios mío, debería yo estar ahora en el infierno por mis pecados, de los que me pesa por haberos ofendido a Vos; bondad infinita, y os suplico me perdonéis por vuestra misericordia.* - 3.^º *Eterno Padre, por el amor de Jesús y de María, iluminadme en esta oración para que sea provechosa para mi alma.*

Enseguida se reza un Ave María a la Santísima Virgen para implorar su asistencia y un - Gloria Patri a San José, al ángel custodio y a los santos abogados. Estos actos han de hacerse atenta pero brevemente, y luego se pasa a la

II. Consideración. - Para ésta es conveniente valerse del presente o de algún otro libro análogo. Adviértese que se ha de leer el punto despacio; después, dejando el libro, se repasará mentalmente lo que se ha leído deteniéndose en el pasaje que más llene y commueva el alma. Dice San Francisco de Sales que en esto se debe seguir la prudente conducta de las abejas, que se paran en una flor hasta extraer toda la miel que hay en ella, y después pasan a otra. Quien no sepa leer, podrá hacer la meditación deteniéndose en considerar los novísimos, los beneficios de Dios, y mejor algún misterio de la Pasión de Jesucristo. Pero la mayor utilidad de la oración mental no consiste tanto en la consideración, como en sacar de ella diferentes afectos, propósitos y súplicas, que son los frutos principales de esta oración. Por lo tanto después de haber meditado algún punto, cuando el alma se sienta commovida, es menester levantar el corazón a Dios por medio de actos de amor y de contrición; mezclando con éstos, breves y fervorosas súplicas, pidiendo a Dios la remisión de los pecados, el fervor, la perseverancia final, una dichosa muerte, la eterna bienaventuranza, y sobre todo el don de su santo amor.

Es además necesario, que en el transcurso de la oración, o al fin de ella se haga algún propósito no sólo en general sino también particular, v. gr., de precaverse con el mayor cuidado de algún defecto en que se ha caído con más frecuencia, de ejercitarse con más ardor que antes alguna virtud, v. gr., de sufrir con más paciencia las molestias de tal o cual persona.

III. *La Conclusión.* - Se compone ésta de tres actos: 1.º Dar gracias a Dios por las inspiraciones recibidas en la meditación. 2.º Afirmarse en la resolución de observar fielmente los propósitos que se han hecho. 3.º Pedir al Eterno Padre, por los méritos de Jesús y de María, los auxilios oportunos para cumplirlos.

Antes de levantarse de la meditación, se tendrá cuidado de encomendar a Dios a las almas del Purgatorio, los Prelados de la Iglesia, la conversión de los pecadores, los parientes, amigos y bienhechores, rezando a este fin un Padre Nuestro, un Ave María y un Gloria Patri.

Por último, al levantarse de la oración mental es necesario que recojamos, dice San Francisco de Sales, un ramillete de flores para deleitarnos con su fragancia todo el día; esto es, que escojamos algún punto, sentimiento, o

verdad que nos haya hecho más impresión para recordarlo en el transcurso de aquel día.

Ténganse además presentes las dos siguientes advertencias:

1^a. Si antes de la meditación el Espíritu Santo inspirase algún afecto, debe omitirse la consideración por entonces como advierte el mismo San Francisco de Sales; pues la consideración no sirve sino para excitar dichos afectos y por tanto conseguido el fin deben omitirse los medios.

La 2.^a es, que si por la desolación o aridez del espíritu durante la meditación no pudiera hacerse otra cosa más, será bastante entonces repetir alguna petición o súplica, v. gr. "Señor, ayudadme; Señor, dadme vuestro santo amor".

MEDITACIONES SOBRE LAS VERDADES ETERNAS

MEDITACIÓN PRIMERA

DOMINGO

Fin del hombre

PUNTO 1.º - FUIMOS CREADOS PARA AMAR A DIOS.

Considera, alma mía, cómo el ser que tienes te lo ha dado Dios, creándote a su imagen y semejanza, sin ningún mérito tuyo. Después te ha adoptado por hijo suyo en el Santo Bautismo, y te ha amado más que como padre; y todo lo ha hecho con el fin de que tú le ames y sirvas en esta vida, para después gozarle en la gloria. De modo que no has nacido, ni has de vivir para gozar aquí, ni para hacerte rico y poderoso, ni para comer, beber y dormir, como los brutos animales, sino solamente para amar a Dios y conseguir de este modo tu salvación. Las cosas creadas te las ha dado el Señor, para que te ayuden a conseguir este tu gran fin. ¡Ah, desdichado de mí, que en todo he pensado hasta ahora, menos en mi fin! Padre mío, por amor

de Jesús, haced que yo empiece una vida nueva, arreglada y santa, y en todo conforme a vuestra divina voluntad.

PUNTO 2.º - EN LA HORA DE LA MUERTE.

Considera cómo en la hora de la muerte experimentarás grandes remordimientos si no te hubieres empleado en servir a Dios. ¡Qué tormento, si al fin de tus días llegares a conocer que de todas las grandezas, glorias y placeres; no te queda más que un puñado de moscas! ¡Te desesperarás al ver que por la vanidad, y por cosas tan viles, has perdido la gracia de Dios y el alma, sin poder deshacer el mal que está hecho, y sin tener tiempo para ponerte en buen camino! ¡Oh desesperación! ¡oh tormento! Comprenderás entonces, cuánto vale el tiempo perdido, lo querrás comprar a cualquier precio; pero no podrás. ¡Oh día amargo, para quien no haya sabido servir y amar a Dios!

PUNTO 3.º - POCOS LO MEDITAN.

Considera cuánto se descuida generalmente este fin tan importante: se piensa en comer, en divertirse, en pasar alegremente los días, y no se sirve a Dios, ni se busca la salvación del

alma, y el fin eterno se mira como cosa de poca o ninguna importancia. Y así la mayor parte de los cristianos, divirtiéndose, cantando y festejando, se van al infierno. ¡Oh, si ellos supieran lo que quiere decir infierno! ¡Oh hombre, haces tanto para condenarte, y nada para salvarte! Estando a la muerte uno que había sido secretario del rey de Inglaterra, exclamaba, llorando: “¡Oh miserable de mí, que he gastado tanto papel en escribir las cartas de mi príncipe y no he empleado siquiera un pliego para anotar mis pecados y hacer una buena confesión!” Felipe III, rey de España, decía al morir: “Ojalá nunca hubiera sido Rey”. Mas ¿de qué sirven entonces estos suspiros y estos desengaños? Sirven para mayor desesperación. Aprende, pues, a vivir solícito de tu salvación, si no quieres caer en la desesperación. Lo que haces, dices y piensas fuera de Dios, todo es perdido. ¡Qué! ¿quieres esperar el día de la muerte, para desengañarte cuando estés a las puertas de la eternidad y sobre el borde del infierno, y cuando no haya lugar para la enmienda? Dios mío, perdonadme; yo os amo sobre todas las cosas, me pesa de haberos ofendido, me pesa de todo corazón. María, Madre mía, interceded por mí.

MEDITACIÓN SEGUNDA

LUNES

Importancia del fin

PUNTO 1.º - EL PRINCIPAL NEGOCIO.

Considera, hombre, lo que te importa el conseguir tu gran fin: te importa más que todo, pues, si lo consigues, te salvarás y serás para siempre dichoso, mas si lo malogras, perderás alma y cuerpo, bienaventuranza y Dios, y serás para siempre condenado. Luego, este es el negocio de todos los negocios, el solo importante, el solo necesario, servir a Dios y salvar el alma. Por lo tanto, cristiano, no has de decir ya: quiero divertirme y satisfacer mis gustos, después me consagrará a Dios y espero salvarme. Esta esperanza falaz ha enviado al infierno a muchos que decían lo mismo, y ahora están condenados sin remedio. ¿Quién de los condenados ha querido en vida condenarse? Ninguno: es que Dios maldice al que pecha con la esperanza del perdón: *Maldito el hombre que pecha con la esperanza*. Dices: “Quiero cometer este pecado y en seguida me confesaré de él”. Pero ¿quién te asegura que tendrás tiempo

después ? ¿Quién te ha dicho que no morirás repentinamente después del pecado? Es lo cierto que pecando te privas de la divina gracia, pero ¿estás seguro de que volverás a recuperarla? Dios usa de su misericordia con los que le temen, y no con los que le desprecian. Ni has de decir que lo mismo es confesar dos que tres pecados, no; porque pudiera ser que Dios te quisiera perdonar dos y no tres. Dios sufre, pero no sufre siempre. Cuidado, hermano, con lo que ahora lees; deja la mala vida y conságrate al servicio de Dios; teme que sea éste el último aviso que Dios te envía: basta lo que le has ofendido: basta lo que te ha sufrido: teme que otro nuevo pecado mortal no te sea perdonado. Mira que se trata del alma, que se trata de la eternidad. Este mismo pensamiento ha hecho resolver a muchos a encerrarse en los claustros y a vivir en los desiertos y en las cuevas. ¡Ay de mí, que me hallo por tantos pecados con el corazón afligido, con el alma oprimida, habiendo perdido a Dios y mereciendo el infierno!

PUNTO 2.º - INTERÉS DESCUIDADO.

Considera cómo este negocio es por desgracia, el más descuidado: en todo se piensa

menos en salvarse. Para todo hay tiempo menos para Dios. Si se dice a un hombre mun-
dano que frecuente los Sacramentos, que haga siquiera media hora de oración mental cada
día, contesta: "Tengo hijos, tengo familia, ten-
go intereses, tengo otros quehaceres." ¡Oh lo-
co! - Y qué, ¿no tienes alma? ¿Y crees que
tus hijos y tus parientes te podrán ayudar en
la hora de tu muerte, y sacarte del infierno, si
te condenas? Deja de lisonjearte pensando
poder conciliar cosas tan opuestas, Dios y el
mundo, salvación y pecados. El salvarse no
es un negocio que se ha de tratar a la ligera y
superficialmente; es preciso esforzarse, es
preciso trabajar, es preciso violentarse si se
quiere ganar la corona inmortal. ¡Cuántos
cristianos se prometían, poder más tarde ser-
vir a Dios y de este modo salvarse y sin em-
bargo ahora están en el infierno! ¡Qué locura
pensar siempre en lo que ha de acabar pron-
to, y muy raras veces en lo que no tendrá tér-
mino! ¡Ah, cristiano! Mira por ti mismo, pien-
sa que dentro de poco has de dejar esta tierra
y entrar en la eternidad. ¡Desdichado de ti si
te condenas, pues no podrás jamás remediar
tu desdicha!

PUNTO 3.º -TENGO UN ALMA SOLA.

Considera, cristiano, y di a ti mismo tengo un alma sola, y si ésta la pierdo, todo está perdido: tengo una sola alma, y si con perjuicio de ella gano todo el mundo, ¿de qué me sirve? Aunque llegue a conseguir gran reputación, si pierdo el alma ¿de qué me aprovecha? Aunque llegue a reunir muchas riquezas, aunque engrandezca la familia, si pierdo el alma, ¿esto qué vale? ¿De qué aprovecharon las riquezas, los placeres, las vanidades a tantos que vivieron en el mundo, y ahora son polvo y ceniza en una sepultura, y sus almas están condenadas en el infierno? Pues si el alma es mía, si es una sola y si perdiéndola una vez la pierdo para siempre ¿no he de pensar seriamente en salvarme? Este es un asunto que importa mucho: se trata de ser siempre feliz, o siempre desdichado. Dios mío, confieso mi vanidad y me confundo en considerar que hasta aquí he vivido como ciego, me he alejado tanto de Vos, y no he pensado en salvar esta mi única alma: Salvadme ¡oh Padre Eterno! por amor de Jesucristo: María, esperanza mía, salvadme con vuestra intercesión.

MEDITACIÓN TERCERA

MARTES

Del pecado mortal

PUNTO 1.º - INGRATITUD DEL PECADOR.

Considera como tú, siendo creado para amar a Dios, con infernal ingratitud te has rebelado contra Él, le has tratado como a enemigo, y has despreciado su gracia y su amistad. Sabías que le dabas un gran disgusto con aquel pecado, y sin embargo lo has cometido. El que peca, ¿qué hace? Vuelve a Dios las espaldas, le pierde el respeto, levanta la mano para ultrajarle, y aflige su divino corazón. El que peca con las obras dice a Dios: “Aléjate de mí, no quiero obedecerte, no quiero servirte, no quiero reconocerte por mi Señor, ni tenerte por mi Dios; mi Dios es aquel placer, aquel interés, aquella venganza.” De este modo has hablado en tu corazón cuando has preferido la criatura al Creador. Santa María Magdalena de Pazzis no llegaba a comprender cómo un cristiano pueda advertidamente cometer un pecado mortal. Y tú que esto lees, ¿qué dices? ¿Cuántos pecados has cometido? ¡Ah, Dios mío!

perdonadme y tened piedad de mí. Yo os he ofendido a Vos, bondad infinita, mas ahora aborrezco los pecados, os amo y me arrepiento de haberos ofendido, siendo como sois digno de un amor infinito.

PUNTO 2.º - DESPRECIO DE LA DIVINA GRACIA.

Considera cómo Dios te decía cuando tú pecabas: "Hijo, yo, que soy tu Dios, que te crié de la nada, y te compré con mi sangre, te prohíbo este pecado, so pena de incurrir en mi desgracia." Mas tú, pecando, le dijiste: "Señor, yo quiero hacer mi gusto, y no me importa desagrardaros y perder vuestra gracia." ¡Ah Dios mío! - Y esto ¡cuántas veces lo he dicho yo ¿Cómo me habéis sufrido? ¡Ojalá me hubiese muerto antes de ofenderos! Ya no quiero disgustaros más, ya quiero amaros. ¡Oh bondad infinita! Dadme la perseverancia, dadme vuestro santo amor.

PUNTO 3.º - ABUSO DE LA MISERICORDIA.

Considera cómo Dios, según sus inescrutables decretos, no tolera en todos igual número de pecados, sino en unos más, en otros menos, y una vez llena la medida, echa mano de terribles castigos en verdad. ¡Y cuántas ve-

ces sucede que llega la muerte tan de improviso, que no le queda al pecador tiempo de prepararse para aquel trance! ¡Cuántas veces llega la muerte en el acto mismo del pecado! ¡Cuántos de los que por la noche se fueron a acostar sanos y robustos, se hallaron por la mañana fríos cadáveres!

Cuántos, a fuerza de repetir pecados, se han endurecido y cegado de tal modo, que, teniendo todos los medios para disponerse a una muerte evidente, no los aprovechan y mueren impenitentes! Mientras vive el pecador, puede convertirse, si quiere, con el auxilio de Dios; mas ordinariamente los pecados le dejan tan obstinado que no se resuelve a hacerlo, ni aún en la hora de la muerte: de este modo muchos se han condenado. Teme que lo mismo te suceda a ti. No merece misericordia el que abusa de la bondad de Dios para ofenderle. Después de tantos y tan graves pecados como Dios te ha perdonado, sobrado motivo tienes para temer que a otro pecado mortal que cometieres no te perdone ya. Dale gracias por haberte esperado hasta ahora y toma en este momento una firme resolución de sufrir la muerte antes que volver a cometer otro pecado. Señor, basta lo que os he ofendido; la vida que me queda

no la quiero emplear ya en ofenderos, pues no es esto lo que Vos merecéis; quiero emplearla solamente en amaros y en llorar las ofensas que os he hecho; me arrepiento, Jesús mío, de todo mi corazón. María, Madre mía, ayudadme.

MEDITACIÓN CUARTA

MIÉRCOLES

De la muerte

PUNTO 1.º - CERTIDUMBRE DE LA MUERTE.

Considera que ha de acabarse esta vida: la sentencia es irrevocable: has de morir. Cierta es la muerte; pero no se sabe cuándo llegará. ¿Qué se necesita para morir? Un ataque *apoplético*, una vena que se rompa en el pecho, una sofocación de catarro, un vómito de sangre, un animalillo venenoso que te pique, un dolor de costado, una llaga, una inundación, un terremoto, un rayo, bastan para quitarte la vida. Vendrá la muerte a acometerte cuando menos pienses en morir. ¡Cuántos se acostaron sanos y amanecieron difuntos! ¡Y qué! ¿no

podrá sucederte a ti lo mismo? ¡Tantos que no pensaban en morir han muerto repentinamente! Y si se hallaban en pecado, ¿dónde estarán por toda la eternidad? Mas sea lo que quiera, es cierto que llegará un tiempo en que para tí ha de anochecer y no amanecer, o amanecer y no anochecer. - “Vendré a escondidas, como el ladrón”, dice Jesucristo. Te lo avisa con tiempo este Señor, porque desea tu salvación. Corresponde pues, a tu Dios; aprovechate del aviso, disponte a bien morir antes que llegue la muerte, porque aquél no es tiempo de preparación. Es cierto que has de morir; ha de concluirse para tí la escena de este mundo, y no sabes cuándo. ¿Quién sabe si será dentro de este año o dentro de un mes, o si mañana estarás vivo? Perdóname ¡oh Jesús mío!

PUNTO 2.º - EN EL LECHO DE LA MUERTE.

Considera cómo tú, en la hora de la muerte te hallarás tendido sobre una cama asistido por un sacerdote, rodeado de parientes que llorarán, con el Crucifijo cerca de ti, con la candelita bendita en la mano, ya próximo a pasar a la eternidad. Tendrás la cabeza dolorida, los ojos oscurecidos, árida la lengua, cerradas las fauces, el pecho oprimido, la sangre helada, el

corazón afligido. Dejarás al morir todos tus haberes, y pobre y desnudo te echarán a podrir en la sepultura; allí los gusanos roerán tus carnes, y no quedará de ti más que los huesos descarnados, y un poco de polvo hediondo y asqueroso. Abre una sepultura y mira a qué se ha reducido aquel rico, aquel avariento, aquella mujer vana. Así se acaba la vida. En la hora de la muerte te verás rodeado de demonios que te mostrarán todos los pecados cometidos desde la niñez. Ahora el demonio para inducirte a pecar, te encubre o disminuye la culpa, haciéndote creer que no es un gran mal aquella vanidad, aquel placer, aquella relación, aquel odio, y que no hay mal fin en aquella conversación; pero la muerte descubrirá la gravedad de tu pecado, y a la luz de la eternidad conocerás cuán grave mal ha sido el haber ofendido a un Dios infinito. Remédialo, pues, ahora que puedes hacerlo, porque entonces no habrá tiempo oportuno. Dios mío, iluminadme.

PUNTO 3.º - MOMENTO DEL QUE DEPENDE LA ETERNIDAD.

Considera cómo la muerte es un momento del que pende la eternidad: el hombre que se acerca al término de su mortal carrera está asi-

mismo cerca de una de las dos eternidades y su suerte se decide al exhalar su último suspiro, pues inmediatamente después de ella se halla el alma, o salva o condenada para siempre. ¡Oh momento! ¡Oh eternidad! Una eternidad, de gloria o de penas; una eternidad siempre feliz o siempre desdichada; de todo bien o de todo mal; de la bienaventuranza o del infierno. Es decir, que si en aquel momento te salvas, no tendrás más desdicha y si te condenas, estarás para siempre afligido y desesperado. En la muerte conocerás lo que quiere decir gloria, infierno, pecado mortal; Dios ofendido, ley de Dios despreciada, culpas caídas en la confesión, restitución omitida. ¡Ay de mí! dirá el moribundo; de aquí a pocos momentos me he de presentar a mi Dios, ¿y quién sabe la sentencia que me ha de tocar? ¿A dónde iré? ¿Al cielo, o al infierno? ¿A gozar con los ángeles, o a arder con los condenados? ¿Seré hijo de Dios o esclavo de los demonios? ¡Ay de mí! Dentro de poco lo sabré. ¡Quiera Dios que el saberlo no me cause un eterno dueño! ¡Ay! Dentro de pocas horas, de pocos momentos, ¿qué será de mí? ¿Qué será de mí si no llego a reparar aquel escándalo, a restituir aquellos intereses o aquella fama, a perdonar

de corazón a mi enemigo, a confesarme bien? Entonces detestarás mil veces el día en que pecaste, la venganza que tomaste, el deleite de que disfrutaste, pero demasiado tarde y sin fruto, porque lo harás más bien por temor del castigo que por amor de Dios. ¡Ah Señor, he aquí que desde este momento me convierto a Vos! no quiero esperar a que llegue la muerte; desde ahora os amo y os abrazo, y quiero morir abrazado con Vos. Madre mía María, concededme morir bajo vuestro amparo y ayudadme en aquel momento.

MEDITACIÓN QUINTA

JUEVES

Del juicio

PUNTO 1.º - EL ALMA ANTE EL DIVINO JUEZ.

Considera cómo luego que el alma haya salido del cuerpo será presentada al divino tribunal. El Juez es un Dios Todopoderoso ultrajado por ti y sumamente airado: los acusadores son los demonios, tus enemigos; el proceso, tus propios pecados; la sentencia, inapelable;

la pena, el infierno. Ya no hay compañero, ni parientes ni amigos; entre Dios y tú ha de discutirse la causa, entonces descubrirás la fealdad de tus pecados, y no podrás disculparte, como lo haces ahora. Serás examinado sobre tus culpas de pensamiento, palabra, complacencia, obra, omisión y escándalo: todo se ha de pesar en la balanza de la justicia, y en cualquier cosa que te hallares falto, estarás perdido. Jesús mío y Juez mío, perdonadme antes de que lleguéis a juzgarme.

PUNTO 2.º - EL JUICIO UNIVERSAL.

Considera cómo la Divina Justicia juzgará a todas las gentes en el valle de Josafat, cuando, acabado el mundo, resuciten los cuerpos para recibir con las almas el premio o la pena según sus obras. Considera que, si te condenas, volverás a tomar este mismo cuerpo que ha de servir de eterna prisión a tu desdichada alma. En aquel encuentro se maldecirán mutuamente el alma y el cuerpo, de modo que así como ahora se ponen de acuerdo para buscar placeres vedados, se juntarán entonces para ser verdugos el uno del otro. Por el contrario, si te salvas, tu cuerpo resucitará hermoso, impasible y resplandeciente, y en el alma y cuerpo

serás hecho digno de la vida bienaventurada. Así pasa la escena de este mundo, desaparecerán entonces las grandezas, los placeres, las pompas de esta tierra, y solo quedarán las dos eternidades, una de gloria, otra de pena; una dichosa, otra infeliz; una de goces, otra de tormentos. Desdichado entonces el que haya amado al mundo y por los miserables gustos de esta vida lo haya perdido todo: alma, cuerpo, bienaventuranza y Dios.

PUNTO 3.º - LA SENTENCIA IRREVOCABLE.

Considera la sentencia eterna: Cristo juez se volverá contra los réprobos y les dirá: "Ingratos, todo se acabó para vosotros; ya ha llegado mi hora, hora de verdad y de justicia, hora de ira y de venganza; habéis amado la maldición, venga ésta sobre vosotros, y seáis malditos en el tiempo y en la eternidad. Apartaos de mi presencia; id, privados de todo bien, cargados de toda pena, al fuego eterno". Después Jesús se volverá a los escogidos, y dirá: "Venid, vosotros, a poseer el reino de los cielos que os está preparado; venid, no a llevar la cruz en pos de mí, sino a participar de mi corona; venid a heredar mis riquezas compañeros de mi gloria; venid a alabar para siem-

pre mis misericordias; venid del destierro a la patria, de las miserias al gozo, de las lágrimas al consuelo, de las penas al eterno descanso". ¡Oh Jesús mío, espero ser también yo uno de estos afortunados, bendecidme ahora y bendecidme Vos también, oh dulce Madre mía María!

MEDITACIÓN SEXTA

VIERNES

Del infierno

PUNTO 1.º - SUPLICIOS DEL CUERPO.

Considera cómo el infierno es una infelicísima prisión llena de fuego. En aquel fuego están sumergidos los condenados, teniendo un abismo de fuego, por encima, alrededor y por debajo. Fuego en los ojos, fuego en la boca, fuego por todo el cuerpo. Todos los sentidos, tienen su propia pena: los ojos atormentados por el humo, por las tinieblas y por la vista de los otros condenados y de los demonios. Los oídos escuchan de noche y día continuos alaridos, llantos y blasfemias. El

olfato está atormentado por el hedor de aquellos innumerables cuerpos putrefactos. El gusto por ardentísima sed y hambre canina, sin poder alcanzar nunca una gota de agua, o una migaja de pan. Por lo cual aquellos infelices encarcelados, abrasados por la sed, devorados por el fuego, afligidos por los tormentos, lloran, se desesperan, más no hay ni habrá quien los alivie y consuele. ¡Oh infierno, infierno! no te quieren creer algunos hasta que caen dentro. ¿Qué dices tú que lees esto? Si ahora te llegara la muerte, ¿adónde irías? Tú que no puedes sufrir la impresión de una chispa sobre la mano, ¿podrás estar en un lago de fuego que te abrasase por toda la eternidad?

PUNTO 2.º - TORMENTOS DEL ESPÍRITU.

Considera después la pena que tendrán las potencias del alma. La memoria será atormentada por el remordimiento de la conciencia; este remordimiento es como un gusano que sin cesar roerá al condenado, pensando que está perdido por su propia elección y por unos placeres envenenados. ¡Ay! ¿Qué le parecerán entonces aquellos momentos de gusto, después de mil millones de años en el infierno? Este gusano le recordará el tiempo que Dios le dio

para enmendarse, los medios que le proporcionó para salvarse, los buenos ejemplos de los compañeros, los propósitos hechos y no cumplidos. Entonces verá que ya no le queda remedio para evitar su ruina eterna. ¡Oh Dios! ¡Qué doble infierno será éste! La voluntad, siempre contrariada, jamás alcanzará nada de lo que desea, y siempre tendrá lo que aborrece, es decir los tormentos. El entendimiento conocerá el gran bien que ha perdido, que es Dios y el cielo. ¡Oh Dios mío! ¡Oh Padre Eterno! Perdonadme por amor de Jesucristo.

PUNTO 3.º - ¡ENTONCES... SERÁ TARDE!

Pecador, tú que ahora desprecias la perdida de la gloria y de Dios, conocerás tu ceguera cuando veas a los bienaventurados triunfar y gozar en el reino de los cielos, y que tú, como perro hediondo, serás excluido de aquella patria bienaventurada y de la presencia de Dios, de la compañía de María Santísima, de los Ángeles y de los Santos. Entonces, desesperado, dirás: ¡Oh Paraíso de eternos contentos! ¡Oh Dios, oh bien infinito, no eres, ni jamás serás mío! Ea, haz penitencia, antes que a ti también te falte el tiempo, conságrate a Dios, empieza a amarle de

veras: ruega a Jesucristo, ruega a María Santísima que tenga piedad de ti.

MEDITACIÓN SÉPTIMA

SÁBADO

Sobre la eternidad de las penas

PUNTO 1.º - SIN ESPERANZA DE SALVACIÓN.

Considera cómo el infierno no tiene fin, se padecen todas las penas, y todas son eternas. De modo que pasarán cien años de aquellas penas, pasarán mil, y el infierno estará como si entonces empezara; pasarán cien mil, y cien, millones de años y de siglos, y el infierno seguirá lo mismo que el primer día. Si un ángel ahora llevara a uno de aquellos condenados la noticia de que Dios quería sacarle del infierno, después de tantos millones de siglos cuantas son las gotas de agua, las hojas de los árboles y los granitos de arena del mar y de la tierra, tú, al oírlo, te espantarías, mas es indudable que aquél haría por tal anuncio más fiesta que tú al saber que habías sido hecho Monarca de un gran reino. Sí: porque, "es ver-

dad, diría el condenado, que han de pasar tantos siglos, mas ha de concluir". Pero pasarán todos estos siglos, y el infierno será como si principiara de nuevo, se multiplicarán tantas veces cuantas son las arenas, las gotas y las hojas, y el infierno estará en su principio. Cualquier condenado se contentaría de que Dios le alargase la pena todo el tiempo que quisiera, con tal que por último tuviera término; mas este término no lo tendrá nunca. Pudiera al menos engañarse el infeliz condenado, y lisonjearse con decir: "Quizá Dios algún día tendrá piedad de mí y me sacará del infierno"; pero no, porque él tiene siempre delante de sus ojos escrita la sentencia de su condenación eterna, y dirá: "Todas estas penas que sufro ahora, este fuego y esta amargura, estos aullidos, no se han de acabar para mí jamás, y durarán siempre". ¡Oh siempre! ¡Oh jamás! ¡Oh eternidad! ¡Oh infierno! ¿Cómo es posible que los hombres te crean, y pequen, y vivan en pecado?

PUNTO 2.º - EL INFIERNO ESTÁ ABIERTO PARA TODOS.

Hermano mío, ten cuidado, piensa que está abierto para ti el infierno si pecas; ya está encendida debajo de tus pies aquella horrenda

hoguera y ahora mismo que esto lees ¡ay, cuántas almas están cayendo en ella! Considera que si una vez llegas allí no saldrás más: y si alguna vez has merecido el infierno, da a Dios las gracias porque no te ha dejado caer en él, y luego remedia el mal que has hecho en cuanto te sea posible; llora tus pecados, toma los medios oportunos para salvarte, confíesate con frecuencia, lee éste u otro libro espiritual todos los días, acredita tu devoción a María Santísima con el rosario diario, con el ayuno los sábados: resiste a las tentaciones llamando repetidas veces a Jesús y María: huye de las ocasiones pecaminosas; y si además Dios te llamare a dejar el mundo hazlo pronto. Todo lo que se haga para evitar una eternidad de penas, como para asegurar una eternidad de gozos, es poco, es nada. ¿No ves cuántos solitarios, para librarse del infierno, han ido a encerrarse en profundas cuevas y desiertos? Y tú, ¿qué haces, después de haber tantas y tantas veces merecido el infierno? ¿Qué dices? ¿No ves que es inminente tu condenación? Conviértete a Dios y dile: "Señor, heme aquí dispuesto a hacer todo lo quisiéreis de mí". María Madre mía, ayudadme.

OTRAS SIETE MEDITACIONES SOBRE LA PASIÓN DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

MEDITACIÓN PRIMERA

DOMINGO

Amor de Jesús en padecer por nosotros

PUNTO 1.º - LA LEY DEL AMOR.

El tiempo que sigue a la venida de Jesucristo no es un tiempo de temor, sino de amor, como predijo el profeta Ezequiel: *Tu tiempo es tiempos de amantes* (Ezech., XVI); porque se ha visto a un Dios morir por nosotros. *Cristo nos ha amado y se ha entregado a sí mismo por nosotros*, dijo también San Pablo. En la antigua ley, antes que el Verbo hubiese tomado humana carne, podía el hombre en cierto modo dudar si Dios le amaba con un amor tierno y compasivo; pero después de haberle visto morir por nosotros, cubierto de oprobios y desangrado sobre un infame madero, no podemos ya dudar de que nos ama verdaderamente con ternura. ¿Y quién puede

comprender el exceso de amor del Hijo de Dios al querer pagar él mismo la pena de nuestros pecados? Sin embargo, esto es de fe: “Verdaderamente, dice Isaías, Él tomó sobre sí nuestras dolencias, y cargó con nuestras penalidades: ha sido herido por nuestras iniquidades”. (Isa, LIII.) Todo ha sido obra del gran amor que nos tiene, pues para lavar las inmundicias se dejó Él desangrar y con su sangre nos preparó un baño de salvación; ¡Oh misericordia infinita! ¡Oh amor infinito de un Dios! ¡Oh Redentor mío! Demasiado me habéis obligado a que os ame, y demasiado ingrato sería yo, si no os amase con todo mi corazón. ¡Oh Jesús mío! Os he despreciado porque he vivido hasta ahora olvidado de vuestro amor; pero Vos no os habéis olvidado de mí, me habéis seguido y buscado. Os he ofendido y Vos tantas veces me habéis perdonado. He vuelto a ofenderos, y Vos a perdonarme. Señor, por aquel entrañable afecto con que me amásteis sobre la cruz, atadme ahora estrechamente con las dulces cadenas de vuestro amor, y unidme tanto a Vos que no pueda volver a separarme. Os amo ¡oh sumo Bien! y quiero siempre amaros.

PUNTO 2.º - EL AMOR DE JESUCRISTO EXIGE NUESTRO AMOR.

Lo que más nos debe inflamar en el amor de Jesús no es tanto la muerte, dolores e ignominias sufridas por nosotros, cuanto el fin por el cual ha querido padecer tantas y tan graves penas, que fue para manifestarnos su amor y cautivar nuestros corazones. No era absolutamente necesario para salvarnos que Jesús padeciese tanto y muriese por nosotros; bastaba sin duda alguna que derramase una sola gota de sangre, bastaba una sola lágrima suya para nuestra salvación, porque esa gota de sangre, y esa lágrima, siendo de un Hombre-Dios era bastante para salvar no uno solo sino mil mundos si los hubiese: mas Él ha querido derramar toda su sangre, ha querido perder toda su vida en un piélago de dolores y de desprecios, para revelarnos el grande amor que nos tiene y para obligarnos a amarle. *El amor de Cristo*, dice San Pablo (nótese que no dice la pasión, ni la muerte, sino el amor de Jesús), *nos obliga a amarle*.

¡Oh Señor! ¿Y qué somos nosotros para que hayáis querido comprar nuestro amor a un precio tan exorbitante? ¡Oh Jesús mío! Vos habéis muerto por nosotros, para que todos

viviésemos únicamente por Vos y por vuestro amor. Mas, Señor, si Vos sois tan amable; si habéis padecido tanto para que os amen los hombres, ¿cómo tan pocos son los que os corresponden con amor? Veo que casi todos se ocupan, unos en amar las riquezas, otros los honores, otros los placeres, otros a los parientes y amigos, y otros a cualquiera otra cosa terrenal. Pero los que os aman de veras, a Vos, que sois el solo digno de amor, ¡qué pocos son, Dios mío, qué pocos! Sin embargo uno de éstos quiero ser yo, que hasta ahora os he ofendido amando como otros el lodo de la tierra, pues no son otra cosa las criaturas. Sí, os amo, Jesús mío, sobre todos los bienes: es verdad que me obligan a amaros las penas que habéis sufrido por mí: mas lo que mayormente a Vos me rinde es el amor que me habéis manifestado padeciendo tanto para que os ame. Sí, Señor mío amabilísimo; si Vos por amor os habéis dado todo a mí, yo por amor me doy todo a Vos; si Vos habéis muerto por mi amor, yo por vuestro amor desde ahora acepto la muerte que me tenéis destinada. Recibidme en el número de vuestros amantes, y ayudadme con vuestra gracia a que os ame dignamente.

PUNTO 3.º - LA LOCURA DEL AMOR.

No hay medio más capaz de encender en nosotros la llama del divino amor que la consideración de la Pasión de Jesucristo. San Buenaventura dice que las llagas de Jesús, por ser llagas de amor, son flechas que hieren los corazones más duros e insensibles, y llamas que inflaman las almas más heladas. Un alma que crea y piensa en la Pasión del Señor, es imposible que le ofenda y que no lo ame, o más bien que no llegue a volverse santamente loca de amor, viendo a un Dios, que es la misma sabiduría, como fuera de sí por nuestro amor. Así es que los gentiles, como lo refiere el Apóstol, al oír predicar la Pasión de Jesús crucificado, la tenían por locura. Pues ¿cómo es posible, decían ellos, que un Dios omnipotente y felicísimo en sí, haya querido morir por estas criaturas?

¡Oh Dios con tanto exceso amante de los hombres! ¿Cómo es posible, os diremos también nosotros que creemos firmemente este misterio, cómo es posible que una bondad tan grande y un amor tan excesivo sean tan mal correspondidos? Se dice comúnmente que amor se paga con amor: mas el vuestro, Dios mío, ¿con qué amor podría pagarse? Necesa-

rio sería que otro Dios muriese por Vos, para compensar el amor que nos habéis manifestado muriendo por nosotros. ¡Oh Cruz! ¡Oh llagas! ¡Oh muerte de mi Jesús! ¡Poderosas sois para obligarme a amarle! ¡Oh Dios eterno e infinitamente amable! Os amo y quiero vivir solamente por Vos y para daros gusto; decidme, Señor, lo que queréis de mí, pues todo lo quiero hacer con vuestra gracia. María, esperanza mía, rogad al Señor por mí.

MEDITACIÓN SEGUNDA

LUNES

Oración del huerto

PUNTO 1.º - EL CÁLIZ DE LA PASIÓN.

Nuestro amoroso Redentor, acercándose ya la hora de su muerte, fue al huerto de Getsemaní, donde por sí mismo dio principio a su penosísima Pasión, permitiendo al temor, al tedio y a la tristeza que se llegasen para atormentarle. Empezó a experimentar muy sensible temor y tedio de la muerte y de las penas que debían acompañarle; se le representaron

vivamente en la imaginación los azotes, las espinas, los clavos, la cruz, que no ya unos después de otros, sino todos a la vez, le afligían y le atormentaban: especialmente se le representó aquella muerte tan ignominiosa que debía padecer, y tan desamparado de todo humano y divino consuelo; de modo que, acongojado a la vista de aquel horrible tropel de tormentos y de ignominias, pidió al Eterno Padre que le librara de ellos, diciendo: *Padre mío, si es posible, aleja de mí este cáliz tan amargo.* Pero ¡qué! ¿No era el mismo Jesús el que tantas veces había deseado padecer y morir por los hombres? ¿Cómo, pues, ahora teme tanto las penas y la muerte? Sí, cristianos. Él quería morir por nosotros, mas para que no pensáramos que por virtud divina moría sin sentir ninguna pena, dirigió aquella súplica al Padre, para que entendiésemos que no sólo moría por nosotros, sino que también sufría una muerte; la más amarga y penosa.

¡Oh Jesús mío! ¿Quién os obliga a padecer tantas penas? ¿qué es esto, Señor? ¡Un Dios afligido! ¡El que es la alegría de los ángeles, entristecido! ¡El que es omnipotente, hecho débil y flaco! ¿Y por qué, Señor? Por salvar a los hombres, ingratas criaturas. Ofrecéis ya en

ese huerto las primicias de vuestro sacrificio; Vos sois la víctima, y vuestro amor el sacerdote. Haced, Jesús mío, que yo también me sacrifique por el amor que os debo.

PUNTO 2.º - AGONÍA Y SUDOR DE SANGRE.

Se añadió a esto una penosa tristeza para atormentar más y más al afligido Señor: tanto, que llegó a decir Él mismo que aquella era bastante para causarle la muerte. *Triste está mi alma hasta la muerte.* Mas, Señor, en vuestro poder está el libraros, si queréis, de las penas que os preparan los hombres. ¿Por qué, pues, os entristecéis? Pero no; no fueron los tormentos de la Pasión los que precisamente afigieron el corazón amante del Salvador, sino nuestros pecados. Él, para borrar los pecados había venido al mundo, mas al considerar que aun después de su Pasión habían de continuar las iniquidades de los hombres, se entristeció, y ésto fue lo que antes de su Pasión le redujo a tan amarga agonía, que le hizo sudar sangre, y en tanta abundancia, que llegó a regar la tierra donde estaba arrodillado como claramente lo dice el Evangelio. Jesús vio entonces distintamente todos los pecados que cometerían los hombres después de su muerte, todos los odios, las dishonesti-

dades, los hurtos, las blasfemias, los sacrilegios, que, como otras tantas fieras indómitas y feroces, se echaron sobre su amante corazón para despedazarle, de modo que podía entonces decir: “¿Es ésta ¡oh hombres! la recompensa? ¿Es éste el precio con que pagáis mi amor? Si yo os viera más agradecidos, ¡cuán alegremente iría ahora a morir! Mas el ver después de tanto amor tanta ingratitud, esto es lo que me hace sudar sangre”.

Amado Jesús mío: ¿luego mis pecados fueron entonces los que os afligieron tanto? ¿Y si yo hubiera pecado menos, también Vos hubierais padecido, y el deleite que ha acompañado a mis culpas es el que causó vuestra tristeza? ¡Ah! ¿Y cómo ahora que lo conozco no muero de dolor considerando que yo he afligido aquel corazón que tanto me ha amado? Con las criaturas sí, he sido agradecido, pero con Vos, con Vos solo, he sido ingrato; perdonadme, Jesús mío, pues ya me pesa, y me arrepiento con todo mi corazón de tan negra ingratitud.

PUNTO 3.^º - JESUCRISTO ORA POR LOS PECADORES.

Viéndose Jesús cargado de nuestros pecados, se postró, acercando su rostro al suelo como avergonzado de levantar los ojos al cie-

lo, y entrando en agonía oró largamente por todos los hombres y por cada uno en particular, de modo que a mí también me tuvo presente, y por mí también oró aquel corazón divino, no obstante mi iniquidad y mis maldades, ofreciéndose a morir por ellas. Alma mía, ¿cómo no te rindes a tanto amor? ¿Cómo viendo esto puedes amar a otras más que a Jesús? Ea, échate a los pies de tu agonizante Señor y dile:

Amado Jesús mío, ¿cómo habéis podido sufrir la muerte por quien os debía ser tan ingrato? Dadme, os ruego, dadme parte de aquel dolor que experimentásteis en el huerto. Detesto ahora todos mis pecados, y el dolor que siento por ellos lo uno y agrego al que Vos entonces tuvisteis por mí. ¡Oh amor de mi Jesús, tú eres el amor mío! Señor, os amo, y por vuestro amor me ofrezco a padecer cualquier pena, y aun la muerte. Dadme ¡oh Jesús mío! por los méritos de vuestra agonía la perseverancia final. María, esperanza mía, rogad a Dios por mí.

MEDITACIÓN TERCERA

MARTES

Pasión de Jesús

PUNTO 1.º - JESUCRISTO ATADO POR LOS SAYONES.

Considera cómo habiendo Judas llegado al huerto y dado a su Maestro el beso engañoso, señal de su traición, se arrojan sobre Jesús aquellos insolentes soldados que fueron a prenderle; y le atan como a un malhechor. ¡Un Dios atado! ¿Y por quién? Por sus mismas criaturas. ¡Oh ángeles del cielo! Y vosotros, ¿qué decís a semejante espectáculo? Y Vos, Jesús mío, ¿por qué os dejáis atar? “¡Oh rey de los reyes! exclama llorando San Bernardo: ¿qué relación tienen con Vos esos cordeles, propios de los criminales? Y si los hombres se atrevan a ataros, Vos, que sois todopoderoso, ¿por qué no rompéis esos lazos? ¿Por qué no os libráis de los crueles tormentos que os prepararan estos inicuos? Pero no; no son esos cordeles los que os sujetan sino el amor que nos tenéis; él es quien os ata y os condena a la muerte”. “Mira, hombre, dice San Buenaventura, mira cómo aquellos perros maltratan a Jesús, uno

le agarra, otro le empuja, otro le ata, otro le golpea: y mira a Jesús que, cual manso corde-ro, sin oponer la menor resistencia se deja con-ducir al sacrificio. Y vosotros discípulos ¿por que no acudís a librarle de las manos de sus enemigos? ¿Por qué, al menos, no le acompa-ñáis para defender su inocencia ante los jue-ces? Mas no, porque los discípulos al verle *preso y atado, huyen y le abandonan*".

¡Oh Jesús mío! ¿Quién tomará vuestra de-fensa cuando vuestros mismos apóstoles os abandonan? Y esta injuria no se acabó con vuestra pasión; pues ¡cuántas almas, después de haberse dedicado a vuestro servicio, y des-pués de haber recibido muchos favores espe-ciales de Vos, tan sólo por un vil interés, por un respeto humano, por un sucio deleite, os abandonan! ¡Ay de mí! ¡Yo también he sido uno de esos ingratos! Perdonadme, Jesús mío, que ya no quiero abandonaros, os amo, y quiero antes perder la vida que vuestra gracia.

PUNTO 2.º - JESUCRISTO ES CONDENADO A MUER-TE.

Preso de este modo Jesús, y conducido delante de Caifás, fue preguntado por éste acer-ca de sus discípulos y doctrina. Contestó el

Salvador que Él no había hablado nunca en secreto, sino en público; y que los que allí mismo estaban, sabían cuanto había enseñado: mas, a tal contestación uno de aquellos ministros, tratándole de insolente y temerario, le descargó una horrible bofetada, diciéndole: *¡Cómo! ¿así respondes tú a un Pontífice?* ¡Oh paciencia de mi Señor! ¡Y qué! Una respuesta tan justa y tan mansa, ¿merecía afrenta tan grave? ¿y delante de tanta gente? ¿y del mismo Pontífice?, el cual, en vez de reprender a aquel atrevido, con el silencio mostró aprobar su desacato. Después, el inicuo Pontífice preguntó a Jesús si verdaderamente era el hijo de Dios; y habiendo contestado el Señor que sí lo era, rasga Caifás sus vestiduras y declara que Jesús ha blasfemado, y todos exclaman: *Reo es de muerte.*

Sí, mi amado Salvador, reo sois de muerte porque os habéis obligado a satisfacer por mí, que soy digno de muerte eterna; mas ya que por vuestra muerte me habéis alcanzado la vida de la gracia, justo es que me emplee todo y sacrifique por Vos. Os amo, y no deseo más que amaros: y si Vos que sois el Rey de los reyes, habéis querido ser despreciado hasta tal punto por mi amor, yo por el vuestro quiero